



## Capítulo 22

# El pensamiento pragmatista en la actualidad: conocimiento, lenguaje, religión, estética y política

Pablo Quintanilla y Claudio Viale

Editores



**FONDO  
EDITORIAL**

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

*El pensamiento pragmatista en la actualidad:  
conocimiento, lenguaje, religión, estética y política*  
Pablo Quintanilla y Claudio Viale, editores

© Pablo Quintanilla y Claudio Viale, 2015

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015  
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú  
Teléfono: (51 1) 626-2650  
Fax: (51 1) 626-2913  
feditor@pucp.edu.pe  
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo  
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: octubre de 2015  
Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,  
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2015-13370  
ISBN: 978-612-317-137-7  
Registro del Proyecto Editorial: 31501361500976

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa  
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú



# El pensamiento pragmatista en la actualidad: conocimiento, lenguaje, religión, estética y política

Pablo Quintanilla y Claudio Viale

Editores



**FONDO  
EDITORIAL**

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

*El pensamiento pragmatista en la actualidad:  
conocimiento, lenguaje, religión, estética y política*  
Pablo Quintanilla y Claudio Viale, editores

© Pablo Quintanilla y Claudio Viale, 2015

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015  
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú  
Teléfono: (51 1) 626-2650  
Fax: (51 1) 626-2913  
feditor@pucp.edu.pe  
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo  
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: octubre de 2015  
Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,  
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2015-13370  
ISBN: 978-612-317-137-7  
Registro del Proyecto Editorial: 31501361500976

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa  
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

**ELECCIÓN RACIONAL Y ADAPTACIÓN:  
CLAVES PARA UNA COMPRENSIÓN PRAGMATISTA  
DE LA ACCIÓN**

**Richard Antonio Orozco**

Pontificia Universidad Católica del Perú

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

La teoría de la elección racional que dominó gran parte de la comprensión de la racionalidad especialmente en la primera mitad del siglo XX, y que tan valiosa ayuda ha prestado a las investigaciones en temas de economía y en temas de teorías de la decisión, ha sido, sin embargo, cuestionada cada vez más con una abrumadora evidencia empírica que demuestra su incapacidad para esclarecer la acción humana. Su nivel explicativo se presenta ahora tan ineficaz que es calificada de *indeterminada* (Elster, 1999) mostrando así su escaso valor empírico. La mayor fortaleza que exhibe es su capacidad para realzar el carácter normativo de la racionalidad. Cuando me refiero a dicho carácter estoy señalando el uso más común del concepto, tanto en ciencia como entre legos, es decir, usar la racionalidad como un estándar que determina qué acciones han cumplido los requisitos óptimos y cuáles no. Lo que ha permitido destacar la teoría de la elección racional es que las personas cuando definen una teoría científica, cuando deciden la contratación de un nuevo personal para la empresa o cuando realizan una apuesta podrán ser consideradas racionales siempre y cuando cumplan con una serie de requisitos procedimentales. Para tal fin ha sido de mucha utilidad la consideración de la *utilidad máxima esperada* así como la del *costo mínimo esperado*. Más adelante podré explicar estos conceptos y la manera en que iluminan la comprensión de la racionalidad de la acción humana. Todos estos logros teóricos han forjado, como dije, el uso más extendido del concepto de racionalidad —el normativo—, al punto tal que muchas discusiones, alrededor de mediados del siglo XX, giraban en torno a si era racional o irracional una elección o una decisión.

Cuando preguntamos por la racionalidad o la irracionalidad de una acción, estamos usando el concepto de manera normativa, es decir, tratamos de esclarecer si tal acción siguió los estándares ideales para tal situación. Incluso, habría que añadir, este uso se extrapoló y sirvió también para determinar el nivel óptimo de los sistemas en entidades sociales. Pueden ser racionales los hombres y las mujeres, los niños y adultos, los ministros y los cobradores de autobús, pero no los peces, los sauces, las montañas, las sillas o las calles. Pueden ser irracionales las disculpas, los retrasos, las intervenciones quirúrgicas, las declaraciones de guerra, las reparaciones, pero no el mal tiempo, un accidente, un premio o una enfermedad (Habermas, 1987, p. 24). Las acciones y las manifestaciones simbólicas están siendo comparadas con criterios normativos procedimentales y de allí resulta su caracterización como racionales o irracionales. Como adelanté, esta práctica del uso normativo del concepto de racionalidad es común tanto a legos como a expertos. Así por ejemplo, se puede escuchar en ambientes domésticos a alguien que califica a otro de irracional porque no fue a una fiesta que deseaba ir; pero también fue acusada de irracional la explicación kuhniana sobre la elección entre teorías. En ambos casos, el uso del concepto *racional* es normativo: indica que el invitado a la fiesta no siguió el procedimiento ideal de una persona racional, es decir, realizar aquello que cree y desea; y señala que la elección de teorías debe seguir unos principios determinados, propios del canon científico, que en la explicación kuhniana no aparecerían y, por ello, se la define como la descripción de una irracionalidad.

El problema que quiero hacer patente está ligado a las limitaciones que se presentan cuando reducimos la racionalidad a ese puro aspecto normativo. Resalto solo dos de dichas limitaciones, una en el ámbito de la filosofía de la ciencia y otra para el ámbito doméstico. En el primer caso, ocurre que si el concepto de racionalidad que se usa para la ciencia se mantiene restringido a su puro carácter normativo, entonces el concepto de racionalidad científica se vuelve una redundancia y por tanto pierde toda validez y fecundidad teórica. Esto sucede así pues asumimos que la ciencia es el modelo de la acción humana ideal, es decir, en la ciencia, se supone, se cumplen todos los principios lógicos y procedimentales ideales, aquellos que garantizan que sus productos puedan ser calificados como eficientes explicaciones de la naturaleza. Si es de suponer que la ciencia siempre mantiene estándares muy altos en cada uno de sus procedimientos ¿qué sentido tendría preguntarse si esta puede ser racional o irracional? Esta es la pregunta que se hace Ronald Giere llegando a concluir la trivialidad del concepto de racionalidad científica (1998).

Cuando nos referimos al ámbito doméstico, el segundo caso, observamos que el concepto de racionalidad, restringido a su lado normativo, puede caer en una paradoja. El argumento es de Donald Davidson (2004) y dice algo más o menos así:

¿cómo podríamos caracterizar de irracional una acción humana si desde el momento que la comprendemos, le otorgamos racionalidad? El supuesto básico, hermenéutico, es que la interpretación, o comprensión de una acción, es siempre una forma de racionalización de esta y por tanto, como dicen los hermeneutas, es una dación de sentido.

En ambos casos el tema es la reducción del concepto de racionalidad a su puro carácter normativo. El caso contrario —asumir la racionalidad desde su carácter empírico— es la consideración de un aspecto descriptivo para el concepto. De esta forma, la pregunta más interesante ya no podría ser si una acción es racional o irracional, o si un ente social es, de igual forma, racional o irracional. La pregunta filosóficamente relevante pasa a ser la siguiente: ¿cómo es racional una acción o cómo es racional un ente social? La premisa sobre la que se parte es el reconocimiento de una variedad en las formas de ser racional. Lo que significaría salvar de la acusación tanto a Kuhn como al invitado a la fiesta. En ambos casos no cabría la acusación de irracionalidad, sino que habría que preguntarse cuál es la racionalidad de la acción según un modelo adaptativo. No nos podemos preguntar si es racional o irracional una metodología científica, ni podemos hacernos la misma pregunta acerca de la elección de una teoría de la misma índole; tampoco podemos preguntarnos igualmente si es racional o irracional una acción humana. En todos estos casos, no lo podemos hacer pues, o trivializamos o caemos en una paradoja. Mas, si nuestra pretensión no es definir el ideal de la acción o de la entidad social, sino más bien describir cómo se desarrolla o despliega tal entidad o tal acción, entonces es más pertinente la nueva pregunta que estoy planteando: cómo es racional el objeto de la investigación. Significa todo un cambio paradigmático, pues nos presenta una nueva forma de usar el concepto de racionalidad.

No obstante, no pretendo defender la necesidad de elegir entre uno u otro carácter de la racionalidad —si el carácter normativo o el carácter empírico-descriptivo— sino más bien el reconocimiento de la complementariedad de ambos. Mi postura es similar a la propuesta por Susan Haack con su fundherentismo que ella define como una epistemología intermedia entre el fundacionalismo y el coherentismo (1997). La posición que pretende elegir entre uno u otro carácter del concepto cae, en ambas posibilidades, en limitaciones o reduccionismos. Si bien la reducción de la racionalidad en su puro carácter normativo cae en trivializaciones y paradojas; la otra reducción, en el puro carácter empírico, conduce a esta hacia la pura contingencia en donde también se hace inútil definir algo como racional, pues todo sería racional. El mejor ejemplo de este segundo modelo de comprensión de la racionalidad es la que presenta Paul Feyerabend, en donde, el único principio que garantiza la racionalidad es «todo vale» que a la postre significa lo mismo que el «nada vale» (2000). Creo yo que los historicismos extremos, recalcitrantes, son los que caen en esta tendencia cuasi anarquista.

Son ejemplo de ese coqueteo con el historicismo extremo los planteamientos de Richard Rorty y Michel Foucault. La posición intermedia, en cambio, no pretende superar uno de los aspectos de la racionalidad —si el empírico o el normativo— a costa del otro. En mi opinión, esta posición intermedia es la que le devuelve validez y fecundidad teórica al concepto de racionalidad y, tras este, la significatividad a la misma filosofía en la cultura contemporánea.

Voy a dividir mi trabajo en tres secciones. En la primera presentaré una evaluación del modelo de la elección racional y haré hincapié en las limitaciones de este para lograr la comprensión de la acción humana. En una segunda sección voy a argumentar a favor de un nuevo modelo de comprensión de la racionalidad que nace en las ciencias empíricas y que, de alguna forma, nos ayuda a superar las limitaciones del primer modelo. Este segundo modelo al que quiero referirme se le conoce como *bounded rationality* y es toda una tradición que tiene sus orígenes en los trabajos de Herbert Simon y es continuado por investigaciones más recientes realizadas por Gerd Gigerenzer. En la tercera sección defiendo la idea de una posible cercanía entre esta tradición —*bounded rationality*— y la tradición pragmatista, especialmente la que aparece en los trabajos de John Dewey. Mostrar esta cercanía me permite realzar la novedad de la propuesta pragmatista, pues lo que demuestra es que el pragmatismo de Dewey ya reconocía la necesidad de comprender la acción humana de una manera más adaptativa y esto lo conduce no solo a una nueva comprensión de la racionalidad, sino a una nueva comprensión de la filosofía misma.

### LA TEORÍA DE LA ELECCIÓN RACIONAL, ALCANCES Y LIMITACIONES

La teoría de la elección racional tiene su génesis en el seno de las ciencias sociales, especialmente entre las ciencias económicas y las ciencias políticas. Según Jon Elster, dos son las tesis principales que definen a esta teoría (1988). En primer lugar, una consistencia inmanente entre los deseos y las creencias; y en segundo lugar, el cumplimiento de tres optimizaciones: la acción que se decide realizar es la mejor a partir de estos deseos y creencias; las creencias están justificadas según toda la evidencia disponible; y la disponibilidad de la evidencia se justifica según una satisfacción debida entre los deseos y las limitaciones. Así pues, la primera condición de un agente racional es que sus acciones respondan a una relación optimizadora respecto de sus creencias y deseos. Esto significa que dicha acción debe ser entendida como el mejor modo posible de satisfacer los deseos del agente, dadas sus creencias. Además, también queda supuesto que sus creencias y deseos son racionales, es decir, que cuando menos guardan una coherencia interna. La segunda condición que indica la racionalidad es que las creencias del agente deben estar óptimamente relacionadas



con las pruebas disponibles para el agente. Significa esto que al formar sus creencias, los agentes deben atender todas las pruebas que están a su disposición y que sean relevantes. Asimismo, no debe permitir, el agente, que algún elemento indebido fuerce a favor o contra una hipótesis. La tercera condición es una extensión de la segunda: se exige que la compilación de las pruebas esté sujeta a cánones de racionalidad. Esto quiere decir que la escasez de pruebas, así como la sobreabundancia de las mismas empaña la racionalidad de la acción. Así pues, resumiendo tenemos que «la acción racional implica tres operaciones de optimización: hallar la mejor acción para creencias y deseos dados; formar la creencia mejor fundada para una prueba dada; y acumular la cantidad atinada de pruebas para deseos dados y creencias previas» (1999, p. 13).

En mi opinión, no parece casual que esta forma de comprender la racionalidad florezca casi en simultáneo con el auge de la matemática bayesiana y con la fuerte expectativa causada por los logros, en el campo de la lógica deductiva, de parte de Gottlob Frege. Junto con estos dos rasgos contextuales encontramos también un dato más que Gerd Gigerenzer nos presenta (2001). Me refiero a la división de campos entre la epistemología y la psicología durante la primera mitad del siglo XX. Según este autor, a la filosofía le era reservada la investigación sobre la racionalidad pero sin considerar en él los ámbitos de la creatividad y la intuición, los que correspondían más bien a los estudios en psicología. Así pues, los promisorios logros en los intentos por comprender la racionalidad a la manera de un índice que sirviera de estándar para medir la calidad de nuestras elecciones, estuvieron marcados por estas situaciones en la matemática, la lógica y la epistemología.

La elección racional se configuraba de esta manera en un ejercicio de formalización basado en principios y estándares con rigurosidad casi matemática. La gran expectativa que causó se debió principalmente a que dicha formalización presentaba como fortaleza su especial funcionalidad. Con este modelo, se pretendió una mayor aproximación y predicción tanto de los agentes económicos, de los ciudadanos participantes en la democracia, así como de los individuos en sus decisiones cotidianas. De lo que se trataba era de reconocer la instrumentalidad inherente a la acción racional, definir la optimización de esta, y establecer un índice que pudiera servir como estándar de la acción. Así pues, el mejor argumento a favor de tal modelo teórico era su valor práctico: no pretendió revelar la esencia de la racionalidad, ni la estructura trascendental que subyace a esta, sino que apelaba a mostrar un criterio normativo que pudiera determinar cuál sería la mejor opción entre los distintos posibles cursos de las acciones humanas. Anotemos, sin embargo, que no se trataba de asumir un tono moralista —o una pretensión exclusiva de mostrar el deber ser— pues incluía en sí también un aspecto explicativo que fue mejor desarrollado por la estadística:

en tanto la elección racional se convierte en un índice, sirve de parámetro para medir la racionalidad o la irracionalidad de las acciones comunes ya sea de agentes, ciudadanos o individuos.

Un concepto clave en la teoría que estamos comentando es el de la *utilidad esperada*. Según Pablo Abitbol y Felipe Botero, la utilidad es una descripción, no del deseo, sino «de lo que este significa en un proceso de decisión» (2005, p. 135). ¿Cómo se logra reconocer tal significatividad? Pues bien, comenzamos admitiendo que toda decisión supone posibles cursos de acción. Estos cursos de acción alternativos generan preferencias en los agentes. La racionalidad de la elección supone que en el conjunto de los posibles cursos de acción, pueda determinarse una comparación entre cada uno de sus miembros, así como también una transitividad entre ellos. Esas dos características del conjunto definirán una jerarquía de preferencias y de allí se obtiene la significatividad en la decisión. Pero como no se trata de considerar una preferencia objetiva, sino de cómo es ponderada y asumida por el agente, el concepto pasa a ser el de *utilidad esperada* que muestra más bien una jerarquización subjetiva.

El primer uso que se le dio al concepto de *utilidad esperada* fue a partir del supuesto de que todo individuo *maximiza* siempre ese valor en sus decisiones. La elección racional suponía la búsqueda de una utilidad máxima esperada, lo que significaba entonces reconocer un carácter puramente instrumental de la racionalidad. Precisiones ulteriores de la teoría —gracias a investigaciones en el campo de los juegos— llevaron a definir más bien los conceptos de *maximín* y *maximax* como alternativos al reduccionismo del simple *máximo*, brindando así un mayor margen a la comprensión de la acción. *Maximín* significaba la opción que presenta las mejores consecuencias peores, mientras que el *maximax* significaba la opción que presenta las mejores consecuencias mejores. Nuevamente se estaban abriendo campos de grandes expectativas para distintas disciplinas en el campo de las ciencias sociales.

No obstante, los costos de la formalización siempre son altos y es justamente hacia ese aspecto hacia donde se han dirigido las principales críticas y objeciones que se han levantado a este modelo teórico que estamos comentando. Paso, pues, así a resumir las que podrían ser las principales críticas que se le han formulado. Con un afán meramente pedagógico, podríamos clasificarlas en tres tipos: las que apuntan hacia la posible incoherencia de las acciones humanas, las que apuntan a la indeterminación de los componentes de la racionalidad, y finalmente las que apuntan al reduccionismo que significa definir toda elección como instrumental.

En primer lugar aparecen esas críticas que apuntan a una de las exigencias básicas de la descripción que hace la teoría de la acción racional sobre las acciones. En este modelo, las acciones son racionales porque parten de una consistencia entre

los deseos, las creencias y las acciones del agente. Sin embargo, se pueden reconocer situaciones en que dicha consistencia no solo no se dan, sino que preferiblemente no deben darse. Considérese por ejemplo lo que ocurre con una pareja que contrae matrimonio sabiendo que estadísticamente está probado que el setenta por ciento de los matrimonios fracasan. En tal situación, la mejor manera de que su matrimonio corresponda al treinta por ciento exitoso será a partir de una inconsistencia entre sus deseos y creencias. Aquí es más efectivo el olvido de las creencias y en su lugar darle más fuerza a la decisión. Algo similar ocurre en los casos en que se quiere superar una impotencia sexual en donde lo mejor resulta siendo no la consistencia de los deseos y creencias, sino más bien nuevamente el olvido de los deseos. A estos dos casos que he mencionado se les conoce como problemas de incoherencia pragmática y se definen como aquellos en que «los mismos medios para realizar el estado deseado lo impiden de ser realizado» (Elster, 2009, p. 18).

Además de este tipo de inconsistencias pragmáticas también tenemos las llamadas inconsistencias estructurales. Elster las define como aquellas elecciones en que «su estructura interna subvierte su realización» (2009, p. 20). Por estructura interna debemos entender los costos y beneficios de la opción elegida. Se dan pues los casos en que se deben elegir entre dos bienes futuros y resulta que uno de ellos es más cercano (temporalmente) pero menos útil, mientras que el otro es más remoto pero más útil. Según este autor, las investigaciones en psicología están demostrando que muchas veces la elección del primero puede terminar siendo un error para los ojos del mismo agente, pues los costos de esta decisión a la larga no traen la utilidad tan inmediatamente como parece. No se trata solo de un error en las concepciones del agente, sino que, como dice Elster, están en la misma estructura interna de la opción. Los ejemplos a los que se apelan son las decisiones militares y a las decisiones médicas. En estos casos, elegir lo inmediato no parece ser lo más racional.

En el segundo tipo de críticas a la teoría de la elección racional se apelan a la posible indeterminación de los mismos componentes de la racionalidad, esto es a la indeterminación de los deseos o de las creencias. Puede reconocerse un tipo de miopía por parte del individuo para determinar cuáles son específicamente las creencias o los deseos que motivan una acción. En tanto, la trama de nuestros deseos es tan compleja, resulta ser una pretensión demasiado forzada pensar en el reconocimiento explícito de la línea que sigue nuestra voluntad para lograr una decisión. También en este mismo sentido se ha señalado que subsiste una indeterminación respecto a la cantidad de pruebas que se requiere para lograr un nivel óptimo de decisión. En este sentido, Elster afirma que «la profunda incertidumbre en los asuntos humanos es la razón fundamental por la cual la racionalidad puede ser una guía muy débil para la acción» (1988, p. 139).

La tercera forma de crítica fue la reconsideración de la instrumentalidad de nuestras acciones. La teoría de la elección racional se hace efectiva si la acción humana es descrita como instrumental, pero si hay modelos alternativos para la comprensión de la acción, entonces su efectividad se ve minimizada. Habermas (1987) ha estado particularmente interesado en mostrar que la descripción de nuestras acciones como *arreglada-hacia-fines* es solo una de tantas otras posibles descripciones. Así tenemos que, según este autor, la manera de ser racional de un ciudadano que participa de las normatividades sociales no puede ser descrita como instrumental, porque su voluntad no persigue un fin específico. Cuando un conductor detiene su vehículo ante un semáforo en rojo a medianoche no se puede decir que está persiguiendo un fin a menos que forcemos la interpretación. La decisión de ser un ciudadano responsable no se describe plenamente cuando se la identifica con la búsqueda de un orden social o el escape de una multa. De la misma forma, Habermas también reconoce que la decisión de un individuo de buscar a un amigo para contarle algo personal no puede ser tampoco descrita como instrumental. En igual circunstancia está el parroquiano que busca la confesión o el individuo en su sesión psicoanalítica. Así pues, la acción definida como *con-arreglo-a-fines* parece ser solo un subconjunto dentro de toda la vastedad de formas que adquieren nuestras decisiones.

Para terminar esta presentación de críticas al modelo de la acción racional se puede considerar también aquellas que se derivan de la extensión del modelo desde la comprensión del individuo hacia la comprensión de la sociedad. En este caso, aparece el modelo como inapropiado e incompleto, pues para lograr tal extensión del modelo se requiere asumir a la sociedad bajo el patrón de la acción-unitaria; y eso quiere decir reconocer que también políticamente se pueden determinar deseos (preferencias colectivas), creencias (información) y acciones (actos políticos). Sin embargo, es necesario considerar que, aunque posible tal extrapolación, no lo es del todo seguro ya que puede darse que no se pueda reconocer tal unidad. El oportunismo, la honestidad de los ciudadanos, la distribución de las preferencias, la burocracia y la posibilidad de las tecnologías de la información son variables que terminan definiendo una amplia gama de posibilidades alejadas de la acción-unitaria. Incluso, Elster hace referencia de la posible paradoja que aparece en las sociedades dictatoriales: «mientras más se aproximan a la autoimagen de un sistema político bajo el modelo de actor-unitario, menos se le aproximan en la práctica» (1988, p. 147).

Seguidamente, pasaré a presentar de manera sucinta lo que puede ser una alternativa para la comprensión de la racionalidad. En este nuevo modelo, el aspecto que resalta es más bien la adaptación del agente y el uso eficiente de recursos cognitivos y naturales. La pregunta ya no es tan exclusiva —racional o irracional— sino que se exige un mayor esfuerzo hermenéutico y, por ello mismo, pienso que de alguna manera el futuro de la filosofía queda implicado en la propuesta.

## EL MODELO DE RACIONALIDAD LIMITADA Y SUS CARACTERÍSTICAS PRINCIPALES

La racionalidad limitada (*bounded rationality*) es un modelo de interpretación diseñado por Herbert Simon, alrededor de los años cincuenta, que ha permitido explicar de manera más descriptiva los comportamientos humanos. Nace junto con el desarrollo de la psicología experimental y se nutre de las nuevas discusiones en el campo de la economía, en especial cuando esta trata el problema de la toma de decisiones. Los mismos estudiosos de *bounded rationality* afirman ser incapaces de brindar una teoría consistente y coherente de ella, y más bien creen que esa es una tarea por hacerse; mas, sí son conscientes de lo que no es *bounded rationality*. Por lo pronto, queda claro que no es un estudio empírico que justifique la irracionalidad, ni el error de los juicios, ni las formas de optimización bajo contraste (Gigerenzer & Selten, 2001, pp. 38-40). *Bounded rationality* es un modelo que encara la situación concreta de los seres humanos quienes supeditan su toma de decisiones a una limitación de tiempo, limitación de conocimientos y limitación de sus capacidades computacionales. Simon se enfrenta a los estudios sobre racionalidad basados en la matemática bayesiana —y de paso, a los modelos normativos de la racionalidad afines al neopositivismo lógico— pues estos últimos ignoran dichas situaciones limitantes y más bien suponen a la mente humana como una superinteligencia laplaciana equipada con fuentes inagotables de tiempo, información y recursos (Gigerenzer, 1999, p. 8). Como afirma el propio Simon, se trata de un modelo que resalta más bien la simplicidad, la economía y la eficiencia con la actúan los seres humanos en la búsqueda de soluciones específicas a problemas concretos en ambientes determinados; y que se enfrenta así a los modelos ilustrados de la razón humana que resaltaban más bien los principios normativos axiomáticos determinantes de la optimización.

Para muchos intérpretes de Simon (Elster, 1999), el aporte de este fue sistematizar la teoría de la decisión a partir del concepto de *satisfacción*. En primer lugar, ya este tipo de reduccionismos le hacen violencia al modelo; y en segundo lugar, tampoco es que sea muy exacto que todo el planteamiento de Simon pudiera estar dirigido por el anhelo de satisfacción. En mi opinión, *bounded rationality* es un diseño mucho más dinámico y mucho más integral como para ser reducido a un simple estado emocional. Además, debemos considerar que una de sus principales preocupaciones es salir de la mirada reducida mentalista con la que se ha tratado el tema de la racionalidad. Los esfuerzos de Simon por darle un carácter ecológico al modelo de *bounded rationality* lo liberan de todo reduccionismo subjetivista y permiten ver como inapropiado el intento por querer resumir su planteamiento a la búsqueda de la satisfacción, o a cualquier otra alternativa psicológica.

Para Reinhard Selten *bounded rationality* significa un ajuste dinámico ante la situación (Gigerenzer & Selten, 2001, pp. 13-35). En este sentido, si la satisfacción fuera la única guía de la acción, habría que considerar que dicho estado final, no es inmutable y pre-establecido. Ante la situación concreta, el nivel de satisfacción se va ajustando a las posibilidades mismas. Un tesista comienza el desarrollo de su investigación con un plan que muchas veces resulta ajustándose a las limitaciones que van apareciendo en el proceso. *Bounded rationality* pretenden asumir, como dije, un carácter ecológico y eso significa que va considerando como relevante al entorno mismo y el proceso. Así, el estudio de la racionalidad no puede reducirse a la cuestión psicológica. Para presentar esta propuesta me concentraré en cuatro aspectos del modelo: (a) una concentración en el proceso mismo y no solo en el momento final de la decisión; (b) una consideración de dicho proceso a partir de un diseño adaptativo; (c) la contemplación de niveles de satisfacción para la determinación del logro; y finalmente, (d) el reconocimiento de estructuras básicas de la acción que, asumiendo la regularidad de los ambientes, aprovechan las limitaciones para conseguir respuestas satisfactorias a las urgencias del individuo. Dichas estructuras básicas son las que Gigerenzer ha llamado *heurísticas* y que ha sabido presentar ilustrativamente con la metáfora de la «caja de herramientas adaptativas» (*the adaptive toolbox*). Voy a explicar cada una de estas características para luego mostrar por qué creo que este modelo ilustra bastante bien lo que el pragmatismo intentó hacer en su recomposición de la filosofía. Es interesante, en este sentido, notar que así como el modelo de Simon ha sido objeto de malas interpretaciones, pues se le observa reducido a la búsqueda de la satisfacción, de la misma forma el pragmatismo también ha sido muchas veces mal leído y reducido a una simple preocupación por la eficiencia o la conveniencia, oscureciendo así la riqueza de su aporte y la novedad de esta tercera vía de interpretación para la racionalidad.

La primera característica que deseo resaltar del modelo de *bounded rationality* es su concentración en el proceso. Los modelos normativos de la racionalidad, aquellos que tienen su fuente en los sueños de Leibniz por alcanzar un lenguaje universal (la *característica universal*), suponen en todos los casos que el problema central a resolver es la toma de decisión; y eso significa que el proceso mismo, la búsqueda de los datos, no es relevante, pues se supone que en dicho proceso nada hay de significativo para la comprensión de la racionalidad (Davis, 2000, pp. 15-34). Esta es más bien determinada por principios normativos, la lógica de un lenguaje formal o los algoritmos matemáticos. Aunque muchas veces en la determinación de dichos modelos normativos, se ha tomado en cuenta las capacidades limitadas de los seres humanos, sus aproximaciones a la racionalidad, sin embargo, han partido de la idealidad y han considerado a los agentes humanos «como-si» fuesen racionalmente ilimitados.

Mas la investigación que antecede a toda toma de decisión —sea la búsqueda de una pareja, los estudios que se van a seguir o el tratamiento de una enfermedad— es siempre limitada. Ni el tiempo, ni los recursos, ni las capacidades computacionales son inagotables; por el contrario, los seres humanos, en situaciones concretas, toman decisiones bajo contundentes limitaciones que llevan necesariamente a ver las idealizaciones de la racionalidad como inapropiadas para la comprensión de la agencia humana. Consideremos un ejemplo: en la Universidad de California, en el San Diego Medical Center, el patrón de los procedimientos médicos norma la consideración de diecinueve datos cuando un paciente de ataque al corazón es admitido. No obstante, lo que ocurre en la práctica médica corriente es que, ante dicha situación, el médico debe tomar decisiones trascendentales para la vida del paciente en un tiempo tan escaso que la determinación de los diecinueve datos resulta siendo casi un lujo. El médico entonces debe aprender a tomar una decisión a partir de señales y síntomas que él va considerando relevante. El apoyo principal será su experiencia en situaciones similares. Pues *bounded rationality* es un modelo descriptivo de la racionalidad que intenta hacer frente a situaciones como esta en las que los modelos normativos hacen patente su ineficiencia explicativa. Para ello, este modelo de racionalidad asume como dato significativo las limitaciones a las que el agente queda expuesto, aquello que para los modelos normativos es irrelevante, partiendo por reconocer que la misma investigación previa, la búsqueda de los datos necesarios para la toma de decisión, está limitada a los recursos accesibles que evidentemente no son inagotables.

En el ejemplo del médico que decide sobre un paciente que ha llegado con ataque al corazón, Leo Breiman (Gigerenzer, 1999, pp. 3-5) diseñó un modelo de acción para esa situación particular que permite determinar qué pacientes son de alto riesgo, pero reduciendo las diecinueve variables propuestas por el San Diego Medical Center a solo un máximo de tres. La primera, cuando la tensión arterial sistólica es menor a 91, entonces es un caso de alto riesgo. Si es mayor, entonces hay que considerar la edad: menores de 62.5 años son pacientes de bajo riesgo. Para el caso de mayores de 62.5, hay que considerar una tercera variable: si el paciente presenta una taquicardia sinusal, entonces es un paciente de alto riesgo. Este programa de Breiman es muy interesante por varios motivos: ignora la gran mayoría de variables y datos cuantitativos, pues se basa únicamente en preguntas-respuestas de sí o no. Es preciso, rápido y permite una solución directa al problema planteado. Pero, a pesar de ello, ignorar los otros datos no significa una forma de negligencia, sino de *especificidad de dominio* que es más una ventaja que una falta. Quisiera, además, resaltar una fortaleza de este programa: el procedimiento paso-a-paso. Mientras el modelo del San Diego Medical Center toma una decisión a partir de un conocimiento global,

el programa de Breiman va decidiendo paso a paso. La decisión se podría tomar con solo la primera variable, si el paciente presenta una tensión arterial sistólica mayor a 91. Se avanza a la segunda o a la tercera variable, cuando la respuesta es negativa a preguntas específicas. El programa del San Diego Medical Center asume el razonamiento médico dentro de un paradigma computacional: se le incorporan todos los datos y se calcula la decisión a partir de algoritmos con alto grado de exactitud. De hecho, este programa puede lograr muchos más conocimientos sobre el paciente de los que sea necesario en una situación de emergencia. Así pues, este ejemplo puede darnos una noción sobre el modelo de cognición con el que está tratando *bounded rationality*. Como dice Gigerenzer: «La cognición es el arte de focalizar lo relevante y deliberadamente ignorar el resto» (1999, p. 5).

La segunda característica que deseo resaltar en el modelo de *bounded rationality* es su centralidad en el carácter adaptativo de la acción humana. Cuando Simon presentó su modelo, la novedad que proponía era la consideración de un entorno que juega un rol más participativo en la racionalidad del agente. Para explicar dicho rol, Simon utilizó la metáfora de la tijera y sus dos hojas ilustrando la exigencia de considerar tanto a la razón como al ambiente para lograr la comprensión de la racionalidad. Así como no se puede fabricar una tijera de una sola hoja, de la misma forma no se puede entender la racionalidad humana si no es atendiendo a un entorno específico. De manera *a priori* no se puede determinar la racionalidad de una acción, pues la evidencia demuestra que una acción definida como irracional en un entorno, puede ser innegablemente racional en uno distinto. Las acciones disidentes, en un Estado totalitario, pueden ser llamadas heroicas; pero si ocurriesen en una sociedad con un Estado de derecho sólido y en el que las personas gozan de confort y posibilidades, pueden incluso ser consideradas irracionales (Elster, 1999, p. 14).

La tercera característica es la consideración de niveles adaptativos de satisfacción. Selten reconoce que los niveles de satisfacción varían entre lo factible, lo permisible, lo potencial y lo no factible. Anota, además, que todo individuo, cuando toma una decisión, es consciente de que el proceso previo le ha generado costos. Una decisión siempre va antecedida por una investigación en el que el agente debe obtener los datos necesarios para decidir prudentemente. Si consideramos que existen costos en la toma de la decisión (*decision cost resources*) se puede reconocer entonces que dichos costos han ido consumiendo los recursos durante el proceso. Así pues, se consume el tiempo y algunos otros recursos como los recursos económicos, emocionales, etcétera. La consecuencia de ello es que el investigador asume nuevos niveles de satisfacción. Un estudio realizado por Gigerenzer demuestra que los investigadores en diferentes campos especializados van realizando inferencias a partir de lo que van obteniendo, de manera tal que reacomodan sus hipótesis hacia nuevos



niveles de satisfacción (1996b). Aquello que antes era solo permisible pasa luego a ser factible. No obstante, Selten no atiende solo a los que él llama «ajustes hacia abajo», reconoce que también en la toma de decisiones puede darse el caso que ocurran pasos que signifiquen «ajustes hacia arriba» (*upward adjustment steps*). Lo que se resalta es que los niveles de aspiración en una toma de decisión no tienen por qué permanecer —y de hecho no permanecen— inmutables. Cuando se atiende a una consideración integrada de la toma de decisión, y se consideran los recursos de la decisión, entonces se enriquece nuestra consideración de la conducta racional para seres humanos en situaciones siempre limitadas.

Podría parecer que el modelo de *bounded rationality* se ajusta tanto a las situaciones concretas que asume resignadamente un decrecimiento en las aspiraciones de la racionalidad. Así pues, si los modelos normativos de la racionalidad aplican estándares ideales, podría pensarse que este modelo de *bounded rationality* solo habría asumido una disminución en los estándares para acomodarlos a situaciones humanas determinadas. Mas, en mi opinión, esa es una interpretación incorrecta. El modelo de racionalidad limitada recoge características nuevas de la racionalidad humana para ser tomadas en consideración, de manera tal que esto no significa un decrecimiento en los estándares, sino una mirada más realista e integral de las acciones humanas. Selten resalta, por ejemplo, que las personas asumen expectativas cualitativas cuando toman decisiones aún en temas económicos. Frente a las explicaciones de la racionalidad basadas en la matemática bayesiana que reducen el análisis a cálculos cuantitativos —máximos y mínimos— el modelo de *bounded rationality*, incorpora expectativas cualitativas, no significando decrecimiento sino rumbo distinto. Para demostrar la ineficiencia de los modelos cuantitativos a la hora de explicar la racionalidad de nuestras decisiones, Selten utiliza el ejemplo de los compradores de seguros de vida. Estos, dice, aunque parezca sorprendente, no se guían necesariamente por cálculos de probabilidades o tasas de mortalidad para la consideración de la suma asegurable; sino que más bien atienden a sus emociones respecto de sus deudos y a una realista consideración de sus ingresos para ver la posibilidad del pago de la prima (Gigerenzer & Selten, 2001, p. 23). Otros dos aspectos que Selten contempla en el modelo de *bounded rationality*, y que de alguna forma ayudan a mostrar que no se trata de una disminución de estándares, son el carácter *ex post* de la racionalidad y la cercanía pocas veces considerada entre la racionalidad y la aproximación intuitiva. Respecto de lo primero, Selten señala que los modelos normativos de la racionalidad parecen estar comprometidos con un tipo de razonamiento *ex ante* en el cual se toman en consideración las consecuencias de las acciones posibles, pero las acciones pasadas siempre son ignoradas u opacadas por la consideración de los principios normativos de la racionalidad. Es decir, en dichos modelos, para ser racional

no se requiere aprender nada del pasado, solo seguir los principios básicos establecidos idealmente. En cambio, el modelo de racionalidad limitada se ubica siempre *ex post*, pues asume como característica fundamental el necesario aprendizaje que da la experiencia. En este modelo, la racionalidad tiene un carácter dinámico y, por tanto, ser racional no significa actuar siempre igual o tomar la misma decisión en situaciones en las que se ha asimilado nuevos aprendizajes. Al referirse también a la relación entre racionalidad y las aproximaciones intuitivas, Selten señala que los modelos normativos de la racionalidad estaban muy unidos a las aproximaciones analíticas ligadas al cálculo matemático. Frente a esto, el modelo de *bounded rationality* asume más bien una característica más concreta de los seres humanos; es decir, reconoce que estos están mucho más unidos a sus intuiciones que a cálculos cuantitativos en la toma de decisiones. Aun cuando los agentes humanos actúan sobre la base de cálculos cuantitativos, Selten reconoce que esto sucede sobre la base de lo que él llama un *análisis superficial* que es distinto del análisis en situación óptima sobre el cual pretenden los modelos normativos que se mueven las decisiones humanas. El *análisis superficial* supone la consideración de la limitación de datos para el ejercicio del cálculo matemático, lo que obliga al agente a mantenerse en «la superficie» especialmente en el momento inicial del análisis.

Una cuarta característica para resaltar del modelo es la consideración de estructuras básicas que aprovechan las regularidades y que permiten solucionar problemas ante las limitaciones específicas. Gigerenzer y su equipo han utilizado el término *heurísticas* para identificar estas regularidades. El término no es nuevo, aunque aquí se le ha pretendido asociar a un uso relativamente novedoso. Para los griegos, el término *heurística* aludía a un objeto que servía de apoyo para la investigación y el descubrimiento. En el siglo XIX, especialmente a partir de su introducción al inglés, *heurística* vino a significar «el proceso cognitivo útil» para los casos en que la lógica y la teoría de la probabilidad resultaban ineficaces. Con algunas variaciones a partir de las escuelas de psicología, el término ha pretendido seguir ateniéndose a dicho significado. Sin embargo, Gigerenzer se remite más bien al uso propuesto por Albert Einstein en uno de sus primeros escritos. El texto específico data de 1905, cuando Einstein tenía 26 años de edad, y se titula «On a Heuristic Point of View Concerning the Generation and Transformation of Light» (1999, p. 25). En dicho texto, Einstein usó el término *heurístico* para indicar que su punto de vista sobre la generación y la transformación de la luz era incompleto e incluso quizás falso, pero asombrosamente útil. Como remarca Gigerenzer, lo que habríamos aprendido de Einstein es que la heurística es una aproximación a un problema que es necesariamente dado incompleto debido al conocimiento disponible, y quizás inevitablemente falso, pero que es útil para guiar el pensamiento en direcciones apropiadas. No se puede ocultar el tono manifiestamente

contradictorio o quizás dialéctico de este nuevo significado, pero resalta así la pretensión de querer mostrar de manera más realista cómo funciona la razón. De ahí que este término *heurística* se convierta en una clave para la comprensión de la racionalidad, cuando esta es reconocida como limitada por condiciones específicas.

El equipo de Gigerenzer recoge el tono positivo de estas primeras aproximaciones: la utilidad de la heurística. Considera así a la heurística como un proceso cognitivo que termina siendo una herramienta para la razón, de manera tal que le permite salvar condiciones limitantes a partir de un aprendizaje que se da en la práctica misma. Sin embargo, toma distancia de dos aspectos que algunas escuelas de psicología han pretendido desarrollar para este concepto. En primer lugar, las heurísticas, según este autor, no pueden ser reconocidas a partir de modelos fijos matemáticos, algorítmicos ni computacionales. En segundo lugar, las heurísticas no pueden estar asociadas a estructuras de errores sistemáticos ni a los lapsus, ni a ninguna forma de irracionalidad; todo lo contrario, estos procesos cognitivos son de mucha utilidad para mostrarnos cómo funciona la razón en situaciones específicas cuando se ve enfrentada a condiciones repetidas y aprende a sacarle provecho a sus limitaciones.

Pues bien, asumiendo así a las heurísticas, Gigerenzer y su equipo se han propuesto reconocer cuáles son aquellas *adaptive tools* que los agentes usan en diferentes circunstancias atendiendo a sus específicas limitaciones. El supuesto básico es que la razón humana se adapta y forja así sus propias herramientas que le permiten salvar sus dificultades. Si entendemos a la racionalidad como el uso de la razón, entonces es necesario considerar al conjunto de heurísticas que los agentes humanos usan en su mundo real. Claro que pueden aparecer varias objeciones a este proyecto. En primer lugar, no se podría saber a ciencia cierta cuántas son las heurísticas que debemos reconocer. Es decir, una definición extensional plena del conjunto de heurísticas de las que se valen los seres humanos en sus situaciones específicas parece una tarea evidentemente imposible. En segundo lugar, afirmar con certeza que una heurística precisa es usada siempre en tales situaciones similares, resulta ser también una pretensión desmedida. Mas, si la exactitud y la rigidez matemática no acompañan al estudio de las heurísticas, no necesariamente queda este descalificado. Todo lo contrario, lo que quiero aquí resaltar es la corrección del enfoque que guía a dichas investigaciones: la razón se adapta gracias a unas herramientas cognitivas que le permiten la solución rápida y económica de sus dilemas.

Gigerenzer se ha propuesto investigar empíricamente cómo, cuándo y cuáles son las heurísticas que los agentes humanos usamos en la solución de nuestros problemas de manera adaptativa. Como él mismo señala, su interés no es indexar el conjunto de heurísticas reconocibles en un conjunto abierto de situaciones definidas; sino, más aún, lograr una mayor comprensión de la conducta humana en claves adaptativas.

Así pues, para referirse al conjunto de heurísticas, Gigerenzer habla de *the adaptive toolbox*, y dice que son ellas las que nos hacen «listos» (*smart*), no inteligentes —en el sentido en el que la Ilustración usó el concepto de *inteligencia*— sino eficaces solucionadores de problemas concretos. La analogía apropiada e ilustrativa sería esta: así como las virtudes dianoéticas nos hacen inteligentes, las heurísticas nos hacen listos. La filosofía ha puesto su énfasis durante siglos hacia el primer par de términos (virtudes dianoéticas e inteligencia); en cambio, la tradición que Simon y Gigerenzer desarrollan, pone el énfasis en el segundo par: heurísticas y habilidad resolutive.

Así pues, la investigación de Gigerenzer y el equipo del ABC Research Group estuvo encaminada hacia el reconocimiento de estas herramientas adaptativas que los agentes humanos desarrollan en sus actividades diarias. Las características que sirvieron de guía en la determinación de las mismas fueron principalmente tres: estas heurísticas debían ser soluciones rápidas, económicas y simples. No había mayor preocupación estética que la simplicidad, así como tampoco había un afán excesivo hacia la formalidad. La investigación estaba centrada en la búsqueda de esas soluciones simples, económicas y rápidas con las que los seres humanos han sabido hacer frente a sus limitaciones en determinados ambientes específicos. Por supuesto, el hecho de que dicha solución se repita constantemente en situaciones similares, hace pensar ya en un aprendizaje de la experiencia y en la posibilidad de precisar una heurística apropiada a dicho ambiente reiterado. De esta forma, fueron encontrando los investigadores una serie de heurísticas para casos particulares. Todas ellas fueron clasificadas en tres subconjuntos: las que servían como guía o apoyo al proceso de búsqueda de soluciones, las que servían como apoyo para detener la búsqueda, y por último, las que servían de apoyo en la toma de decisiones. La fecundidad de estos trabajos se ha hecho significativa en muchos campos de estudio: en la economía, en la educación, en la medicina, en la psicología empresarial y, principalmente, en los estudios sobre inteligencia artificial.

La principal crítica a la que ha estado expuesto este modelo de interpretación ha pretendido sacar a relucir su «extremo realismo». Es decir, dicen sus críticos (Elster, 1999, p. 34), en un intento por reconocer el lado más humano de la racionalidad y su carácter adaptativo, este modelo peca de excesiva descripción. Algunos dicen incluso que este modelo no llega a explicar nada, que solo se queda en el plano descriptivo. En mi opinión, esto último me parece inválido por dos razones. En primer lugar, la descripción es ya una forma de explicación y es injusto no reconocerle tal valor. En segundo lugar, quien así crítica ignora que los propios estudiosos del modelo han afirmado innumerables veces que este está todavía en construcción y que hay mucho por hacerse. Por ejemplo, todavía está por hacerse la filosofía anexa al modelo o la sociología del mismo. Es en esos desarrollos posteriores en el que

un modelo de interpretación va mostrando su fecundidad explicativa. Respecto del «extremo realismo», yo diría más bien que es una muestra del carácter pragmatista del modelo; por eso, quiero terminar este texto con un comentario sobre por qué creo que el modelo de *bounded rationality* es una perspectiva pertinente para una comprensión pragmatista de la acción.

### EL PRAGMATISMO Y EL MODELO DE LA RACIONALIDAD LIMITADA

Comparto la opinión de José Miguel Esteban (2006, pp. 197-216), según la cual la teoría pragmatista del conocimiento —especialmente la que aparece en las obras de John Dewey— reflejan este modelo de racionalidad limitada que Gigerenzer, Todd y Selten desarrollan. Pretendo ahora mostrar de manera sucinta por qué creo que hay una conexión significativo entre el modelo pragmatista de hacer filosofía y la comprensión adaptativa de la racionalidad que proponen los investigadores de la tradición *bounded rationality*.

Según Joseph Margolis, el pragmatismo contemporáneo tiene una deuda con la cultura occidental: haber ignorado el carácter histórico adaptativo que la filosofía del pragmatismo clásico presentó y que pudo ser el principal argumento contra el cientificismo aún presente. Según este autor, la filosofía de los dos últimos siglos puede ser resumida a partir del *agón* que opone, por un lado, a los cientificistas de distintas tendencias —cartesianos, positivistas, materialistas, evolucionistas, analíticos y computacionalistas— y frente a ellos, a sus distintos detractores —idealistas, constructivistas, pragmatistas, hermeneutas y otros más—. Sin embargo, la principal intuición de Hegel que es «la fuente *presciente* de las principales objeciones al cientificismo del siglo XX» (2006, p. 4) y que no fueron plenamente desarrolladas por el propio Hegel, ha sido poco profundizada por estos anticientificistas. Margolis formula dicha intuición hegeliana mostrando lo que para mí significa una filosofía de las prácticas sociales que toma en cuenta al sujeto, las limitaciones del entorno, el carácter evolutivo de la historia de este, y los artefactos y mecanismos con lo que dicho sujeto encara su necesidad de comprender y controlar la naturaleza. Muchos autores, según Margolis —Marx, Foucault y otros— han sabido sacar provecho de esta intuición hegeliana, pero fue el pragmatismo —especialmente el de Dewey— el que más cerca estuvo de la formulación de una filosofía acorde. Mas, si esto es notorio en el pragmatismo clásico, no lo es en los desarrollos posteriores de dicha tendencia filosófica. Muy por el contrario, algunos como Rorty parecen haber estancado su mirada solo en los aspectos críticos del pragmatismo forjando así un decisionismo que se vuelve débil frente a las críticas.

Cuando Charles Sanders Peirce, William James y John Dewey desarrollaron una serie de argumentos contra la filosofía que los precedió —por ejemplo, cuando James dice que «estamos armados contra el racionalismo», o cuando Dewey se refiere a la «falacia filosófica»— lo que están haciendo es distinguirse marcadamente de esa filosofía encerrada en el paradigma de una razón hipostasiada. Si quisiéramos hallar elementos comunes entre las tres versiones del pragmatismo mencionadas, una de ellas es su crítica manifiesta hacia ese tipo de filosofía mentalista que determinaba de manera *a priori* sus conceptos, que pretendía moverse en un espacio puramente trascendental y que se negó a considerar los elementos pragmáticos de la acción. De ese tipo de filosofía Dewey dijo que se guiaban por un método no empírico y que eso las conducía a un *triple fracaso*: no verificaron sus productos, no enriquecieron su experiencia inmediata y, como consecuencia de esto, los productos de la filosofía se volvieron arbitrarios (1948, pp. 10-11). Por el contrario, el pragmatismo, especialmente en la versión de Dewey, significaba una nueva forma de hacer filosofía. Esta nueva forma partía por reconocer una nueva unidad de análisis para la comprensión de la razón: ya no esa razón hipostasiada que hay que comprenderla por medio de la razón pura, sino que la nueva unidad de análisis era propiamente *la investigación* (1950). La investigación significaba, en primer lugar, una acción y así nos remite necesariamente al mundo y a sus objetividades. Pero también en ella quedan implicados los aspectos subjetivos tales como el interés, las expectativas y la satisfacción de logro; así como también las limitaciones y determinantes (de tiempo, de recursos y de capacidades). Estudiar la razón desde la investigación también significaba enfrentarla directamente como un proceso y no como algo acabado. Por último, también los conceptos son asumidos desde su carácter operacional —es decir, a partir de las operaciones que la identifican— y no de una forma puramente teórica. Así pues, podríamos decir que este nuevo paradigma de la acción en el que se asienta esta perspectiva de la *bounded rationality* fue ya prefigurada por el pragmatismo desde finales del siglo XIX. Y más aún creo que el modelo de racionalidad que se desprende de la teoría pragmatista del conocimiento es básicamente afín al modelo de racionalidad limitada que he presentado aquí.

Quisiera comentar dos aspectos sobre esta cercanía entre el pragmatismo y el modelo de racionalidad limitada. En primer lugar, es de sobra conocida la enorme influencia que tuvo el darwinismo en la concepción del pragmatismo. En su artículo «La influencia del darwinismo en la filosofía contemporánea» (1994). Dewey remarca que el principal campo en el que los aportes de Darwin deben sentirse es en el de la epistemología y es así que él mismo la reconstruyó a partir del modelo adaptativo que este autor propuso. La teoría pragmatista del conocimiento es diseñada como un modelo de resolución de problemas en entornos específicos y con limitaciones

determinadas. Es allí donde Dewey cree se logra enriquecer nuestras posibilidades de experimentar y controlar la naturaleza. Su misma concepción del pensar tenía que ver también con solucionar problemas, resolver acertijos, aclarar enigmas, vencer obstáculos. Solo así el pensar es visto como una tarea práctica y no como un ejercicio ajeno a la naturaleza. Así pues, es solo desde el modelo adaptativo que se puede entender la teoría del conocimiento en Dewey, pues también para él conocer no es sino conseguir nuestros fines a partir de los medios concretos con los que se cuentan, siempre limitados y en un entorno específico.

Por último, quisiera terminar aclarando que este modelo de racionalidad limitada que se desprende de la teoría pragmatista del conocimiento no es, de ninguna manera, una forma de renuncia a las exigencias de la razón. Puede ser sí un modelo de epistemología naturalizada que, por lo mismo, atiende a factores no considerados por la epistemología racionalista; pero de ninguna manera es una forma de racionalidad débil o blanda. No fue el objetivo de los pragmatistas debilitar la epistemología, sino encarar de manera más realista y honesta lo que realmente ocurre en nuestro proceso de conocer y eso necesariamente los llevó a considerar el entorno, sus limitaciones y sus expectativas concretas.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abitbol, Pablo & Felipe Botero (2005). Teoría de elección racional: estructura conceptual y evolución reciente. *Colombia Internacional*, 62, 132-145.
- Davidson, Donald (2004). *Problems of Rationality*. Oxford: Oxford University Press.
- Dewey, John (1948). *Experiencia y naturaleza*. México DF: FCE.
- Dewey, John (1950). *Lógica. Teoría de la investigación*. México DF: FCE.
- Dewey, John (1994). The Influence of Darwinism on Philosophy. En James Gouinlock (ed.), *The Moral Writings of John Dewey. Revised Edition* (pp. 24-31). Nueva York: Prometheus Books.
- Elster, John (1988). La posibilidad de una política racional. En León Olivé (comp.), *Racionalidad. Ensayos sobre la racionalidad en ética y política, ciencia y tecnología* (pp. 132-176). Madrid: Siglo XXI.
- Elster, John (1999). *Juicios salomónicos. Las limitaciones de la racionalidad como principio de decisión*. Barcelona: Gedisa.
- Elster, John (2009). *Reason and Rationality*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Estaban, José Miguel (2006). *Variaciones del pragmatismo en la filosofía contemporánea*. Cuernavaca: Universidad Autónoma del Estado de Morelos.
- Feyerabend, Paul (1996). *Adiós a la razón*. Madrid: Tecnos.

- Feyerabend, Paul (2000). *Tratado contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*. Madrid: Tecnos.
- Giere, Ronald (1998). Examinando la ciencia. *Contrastes. Revista Interdisciplinar de Filosofía*, suplemento 3: Filosofía actual de la ciencia, 15-36.
- Giere, Ronald (1999). *Science Without Laws*. Chicago: The University Chicago Press.
- Gigerenzer, Gerd (1996a). Mind as Computer: Birth of a Metaphor. *Creativity Research Journal*, 9(2-3), 131-144.
- Gigerenzer, Gerd (1996b). Reasoning the Fast and Frugal Way: Models of Bounded Rationality. *Psychological Review*, 102, 684-704.
- Gigerenzer, Gerd (1999). *Simple Heuristics That Make Us Smart*. Nueva York: Oxford University Press.
- Gigerenzer, Gerd (2007). *Gut Feelings. The Intelligence of the Unconscious*. Nueva York: Penguin Books.
- Gigerenzer, Gerd & Reinhard Selten (2001). *Bounded Rationality. The Adaptive Toolbox*. Massachusetts: The MIT Press.
- Haack, Susan (1997). *Evidencia e investigación. Hacia la reconstrucción en epistemología*. Madrid: Tecnos.
- Haack, Susan (1998). Defendiendo la ciencia, dentro de la razón *Contrastes. Revista Interdisciplinar de Filosofía*, suplemento 3: Filosofía actual de la ciencia, 37-56.
- Haack, Susan (2001). Viejo y nuevo pragmatismo. *Dianoia*, XLVI(47), 21-59.
- Habermas, Jürgen (1987). *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Tecnos.
- Margolis, Joseph (2002). *Reinventing Pragmatism. American Philosophy at the End of the Twentieth Century*. Nueva York: Cornell University Press.
- Margolis, Joseph (2003). *Desarmando el cientificismo. La filosofía norteamericana a finales del siglo XX*. Oviedo: Nobel.